

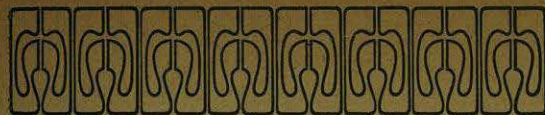
## IV

—¡Francisco, Francisco! ¿Te has dormido, hombre?—gritábale el ministro cuando, ya al despuntar el tardo amanecer decembrino, salía caliente y armado de *soluciones salvadoras* del confortante gabinete del conde.

Y viendo que el llamado, hecho un terrón en el pescante, no se movía ni contestaba,

—¡Animal! ¿Estás borracho?—tronó Su Excelencia oprimiendo el brazo del cochero, que con las riendas tensas entre los dedos crispados mantenía agarrotado, los pies contra la delantera del pescante, la espalda contra el techo de la berlina.

Al tocar el brazo rígido del pobre mozo, y al ver su cara blanca, marmórea, escultural, y en sus ojos, trágicamente abiertos, cuajado el espanto de la mirada extrema, el jefe del Gobierno retrocedió vacilante, horrorizado, con odio y desprecio de sí mismo.



## LA ILUMINADORA

A mi sobrino Fernando.

Pocos meses hace, cuando en mi amigo Pepe Selva y en este servidor de ustedes alcanzaba su grado máximo la fiebre del *coleccionismo postal*, fiebre que en nosotros tenía el carácter simpático de una aspiración estética, ya que nos proponíamos reunir en nuestro embrionario estudio las imágenes de todas las *bellezas* vivas, amén de las inmortalizadas por el arte, soñando en crear un tipo *único*, selección de selecciones y arquetipo de arquetipos de hermosura (aspiración que Pepe casi realiza en su cuadro no concluido y ya célebre); en aquellos días, en que no hubo bazar, litografía, continental, estanco ni tenderete *postalesco* al aire libre que no revolviese, cartulina por cartulina, nuestra sed exploradora, conocimos á la protagonista de éste que no es imaginado cuento, sino impresión de vida; una de las pa-

téticas, dolorosas impresiones con que la realidad nos hiere improvisamente, dejando en nuestro corazón de carne la impronta de alguno de esos vulgares dramas y conflictos de la lucha por la existencia que hacen pensar al moralista y al psicólogo.

Érase mi humilde heroína una muchacha de unos veinte años, tan desmedrados y consumidos por el trabajo, el ayuno y el dolor, que apenas si parecían quince añiñadas y enfermizas primaveras. Sólo sus grandes ojos negros y abismáticos ardiendo sobre los halos violáceos de sus anchas ojeras románticas parecían haber vivido veinte años y aun más de angustias, de lágrimas y vigilias de trabajo afanoso. Las turgencias suaves de su cuerpo virginal y endeble modelábanse apenas bajo el enverdecido traje negro y bajo la polvorienta gasa del manto de un luto pobre que acentuaba el dramatismo que irradiaba su persona toda. Nuestro encuentro con la pálida muchacha era diario, continuo en todas las *postaleries* madrileñas, por ser la seminiña no menos que la mejor iluminadora con que contaba el extendido y fructuoso comercio de la cartulina galante.

De suerte que á todas aquellas «colecciones» de actualidad y de escándalo en que cupletistas, *cantaoras*, *tiples plásticas*, saltimbanquis y toda laya de *profesionales bellezas* semidesnudas, ó provocativamente envueltas en pañolones de abigarrados floripondios, en gasas etéreas, ó en el amaneradísimo *tonelete de luces* recargado de escamas multicolores y fantásticas, ó en los bi-

zantinescos sartales, dalmáticas, mitras y ornamentos de bisutería pornográfica; á toda la turbamulta de odaliscas de exportación y hembras de espectáculo prestábanles el incentivo insinuante del color aquellas manos virginales y buídas, propias para miniar místicas vitelas de libros de *horas* en el recogimiento de una celda ó de una torre medioeval. ¡De suerte que la gentil iluminadora de ojos de hada y manos de princesa era cómplice y colaboradora en aquel comercio de voluptuosidad al menudeo y de falsificación chabacana del arte!

Confieso que al comprobar tan desilusionante anomalía padecí rudo desengaño sentimental, y estallé en indignadas peroratas filosóficas acerca de la falacia femenina y de las acerbas contradicciones que solemos hallar entre la prerrafaelesca belleza de una mujer y la sórdida codicia, la ruin venalidad que ocupa en ella el lugar del alma. Mi amigo, en quien ideas y sentimientos, en vez de evaporarse en oratoria, suelen tomar en silencio el camino de la acción valiente y fecunda, no parecía escucharme, absorto en borrajeo aprisa en trozos informes de papel de acuarela alguna de las maravillosas proyecciones de su siempre activa mente. Varias veces interrumpió el borrajeo para buscar distintas cartulinas en el armario donde él amontona sus reproducciones iluminadas de los grandes maestros, y por último, haciendo con cromos y dibujos un envoltorio, díjome con imperativa dulzura:

—Cállate ya, y vámonos.

Acostumbrado yo á sus «salidas», cogí el hongo, enfundéme en el paletó, porque estábamos en el corazón de diciembre, y mientras Pepillo bajaba *torrencialmente* las inacabables escaleras del estudio, liándose gallardo en la *pañosa*, bajo la cual gustaba de helarse estética y españolescamente, seguíale yo riendo y bufando bajo el cuello de mi peludo gabán. Así llegamos desde nuestro cuchitril de las alturas de Chamberí hasta cogernos á la zaga de un tranvía en marcha, que nos dejó muy cerca de nuestro favorito continental postalesco. Entraba yo en él cuando Pepín salía ya disparado, arrastrándome consigo á la Puerta del Sol, á coger al asalto el tranvía de la Fuentecilla.

—Vamos á casa de Soledad—díjome cuando arrancaba el eléctrico.

—¿Quién es Soledad?—pregunté sorprendido.

—Si no te derretieras en palabras, sabrías que nuestra iluminadora se llama Soledad, y vive con su madre en el cogollo de tu Madrid goyesco, en la calle de Calatrava, muy cerca de la Paloma.

Entre el traqueteo de ferralla y el cliqueteo de vidrios del tranvía, cruzamos la entraña del Madrid viejo, tan evocador de los días de los Austrias, desde el portal histórico de Oñate, donde siempre me finjo la romancesca muerte del prócer poeta Villamediana, y la plaza Mayor, coso de toros y justas, escena de *autos* y ostentaciones memorables, hasta la calle de Toledo, con sus casas y tiendas típicas, sus arcai-

cas *posadas* y sus puestos al aire libre, por entre los cuales hierve la ola chulesca, que, con chaquetilla de alamares ó con blusa ó guayabera, con «medio paso» ó con amplia falda y pañolón, será siempre la gente de Goya, desde la generosa entraña hasta los andares airosos y la sal provocativa y picante de la actitud y del gesto.

Absorto en la contemplación de aquel sugestivo *medio*, no sentí parar el tranvía; un elocuente empellón de Pepín devolviómeme á la realidad, haciéndome tomar tierra más que deprisa y seguir á mi querido tirano, enhebrándome con él por la calle de Calatrava, en una de cuyas casas más humildes reía un balcón recientemente enjalbado de cal, entre cuyos hierros verdegueaban unas matas de geranios, y tras de cuyos cristales albeaban unos visillos como nieve, recogidos con cintas color de rosa. «Allí es», me dijo Pepe con adivinación de artista; y allí era. Rápida subida de pocos, desgastados escalones por angosta escalerilla, y la pronta apertura de una portezuca de cuarterones con mirilla de cruz, cuyo cerrojo recorrió la propia iluminadora, franqueáronnos el ingreso en la misera casa y en la mejor pieza de ella, que recibía copiosa luz del balcón de los geranios, ante el cual, según Pepe adivinó, tenía la muchacha su taller ó laboratorio. Antes de llegar á él se nos impuso una presencia: la de la madre de Soledad, señora de hermosa y corpulenta figura, á quien incurable dolencia tenía tullida y enclavada en un sillón, sin que de su estatuario cuerpo pareciesen vivir

sino el afilado rostro y las manos pálidas y señoriales. Un esplendor espiritual casi visible, resultante y fusión de la bondad de muchas vidas anteriores, aura luminosa de virtud hereditaria, nimbaba la pálida cabeza, coronada de blancos, sedosos cabellos, de la paralítica; la cual, al vernos, dejó sobre el derecho brazal del sillón un viejo libro de oraciones con pequeña cifra de plata en la cubierta, poniendo antes como registro en él sus lentes de cristal de roca con fina montura de oro; y en sólo aquel gesto revelóse su jerarquía moral y la de su abolengo y familia. La persona de aquella anciana infundía tal respeto, que estrechar su mano parecía irreverente, y ganas daban de doblar las rodillas ante aquella triple majestad de vejez, desgracia y virtud. Porque hay vidas que se revelan enteras en una ojeada, y con la de la noble enferma sucedía así. Aquella madre era una ejecutoria: en ella vimos no sólo la justificación, sino la apología de su hija. Verlas juntas en aquel interior de dolencia y de trabajo, en aquella salita blanca, soleada y tan melancólicamente triste, donde la incoherencia patética de algunos jirones y despojos de pasado lujo, contrastando con la desnudez de suelos y paredes y el destrozo y acabamiento del escasísimo ajuar, delataba una cruel caída del bienestar á la miseria, explicaba el enigma de la vida de la romántica iluminadora.

Aquella evidencia me hizo avergonzarme de mis furibundos anatemas previos. Pepe no me miró; pero yo sentí el rayo de su mirada interior

hincármese en el alma. Para disimular mi confusión, pedí á Soledad que me enseñase su laboratorio, mientras Pepe explicaba á doña Angela —la madre—el objeto—aun no muy claro para mí—de nuestra visita: saludar á Soledad, á quien teníamos el gusto de conocer y encontrar frecuentemente en las expendedorías de postales, y proponerle un trabajito.

Contra los batientes del balcón de los geranios, para no perder gota de luz del sol y ahorrar la eléctrica, sustentado en sólidos banquetillos, hallábase el tablero, chafarrinado de pinceladas y regueros de pinturas multicolores, donde Soledad trabajaba. Sobre el tablero, y entre una profusión de frasquitos de vidrio llenos de pintura «á la anilina», que traspasaba el sol haciéndolos reflejar como si contuviesen topacios, esmeraldas ó rubíes derretidos que proyectaban en derredor reflejos de oro fluido, de líquida llama, ó zafiros disueltos, hacinábanse en ingentes montones ó se extendían en filas de filas, como «solitarios» de naipes, cientos y cientos de postales, *en negro* todavía, recién coloreadas y frescas aún, ó ya enfundadas en transparentes sobres de todos los matices y marcas, y dispuestas para la entrega, ó convenientemente colocadas en hileras de propósito combinadas para la curiosa y rápida iluminación «por colores», que Soledad, á mi ruego, comenzó á ejecutar con maravillosa destreza, con tino y gracia insuperables, que á través de aquella labor mecánica revelaban el *quid divinum* de la artista.

—Ahora las bocas—decía bañando en la taci-  
lla del carmín la punta del pincelillo capilar.

Y raudamente, con agilidad de prestidigitado-  
ra, con asombrosa seguridad, *intención* y acier-  
to, dejaba un rojo punto, una pinceladilla hori-  
zontal, un trazo sinuoso, un sangriento *balafre*  
*clownesco* en boquillas desdeñosas, fruncidas,  
sonrientes, provocativas ó descaradamente abier-  
tas y rasgadas en largo suspiro de *cante fla-  
menco* ó en cañallesco gesto de *matchicha*.

—Ahora los pelos: primero las rubias.

Y el pincelillo bebía una gota de ocre tostado,  
que, hábilmente degradada ó espesada, iba po-  
niendo puntos y destellos áureos en las crespas  
melenas teatrales de aquellas «Ofelias» de *cine*  
y «Frinés» de *music-hall*.

—Ahora las morenas.

Y los pelillos del pincel iban tiñendo los ban-  
dós, las trenzas ó las foscas pelambres de las  
*Cleos*, *Chelitos*, *Calvet*, *Cavalieris* y *Argenti-  
nitas* más ó menos auténticas.

En esto, Pepe, terminada su plática de corte-  
sía con la madre, llegóse al tablero y colocó sobre  
él los croquis que había trazado en el estudio y  
los modelos que sacó del armario: eran éstos unos  
ángeles de «Fra Angélico», preciosos cromos so-  
bre fondo de oro, adquiridos en Florencia; y los  
dibujos, unos magistrales esbozos de los mismos  
ángeles.

—¿Se atrevería usted con uno de estos *nenes*,  
Soledad?—preguntó festivo y emocionado Pepe.

La cara de Soledad se encendió como un ascua.

—¡Esto sí que es belleza! ¡Esto es gloria!—dijo  
con el arrebató de quien columbra una aspiración  
ó un ensueño—. Ahora... ¿Atreverme? ¡Sería de-  
masiado!

Pepe no contestó; pero sus ojos decidían, man-  
daban; y Soledad, como bajo un poder sugestivo,  
cogió los pinceles, y trepidante, pálida, casi llo-  
rosa de emoción, comenzó á colorear, modelán-  
dola con amorosa delectación, la figura gentilísi-  
ma de un ángel de veste auroral y manto azul  
cobalto caído sobre el hombro izquierdo, donde  
apoya un pequeño violín tricorde, alzado y vuelto  
sobre el hombro derecho, para dejar libre el brazo  
con que hierde extático las cuerdas celestiales.

Sobre el oro fundido del fondo finamente se  
perfilan los oros vivos del radiado nimbo y de las  
matizadas alas, cuyas luengas puntas rojas pare-  
cen quemadas en lumbres de amor; entre la blon-  
da cabellera y el nimbo refulge una encendida  
llamezuela simbólica. Toda la dulcísima figura  
del ángel exhala de su coloración fresca y mati-  
nal y de su castidad beatífica la fragancia de  
rosa del alma de «Fra Angélico», que vivió niño  
hasta en su santa vejez. En la actitud gallarda  
con que el músico celeste mantiene el arco entre  
el índice y el pulgar de la diestra, rozando arro-  
badamente las cuerdas que expiran melodía ul-  
traterrena, se funden la mística unción beata y  
la suprema elegancia florentina de Fra Giovan-  
ni el *Angélico*.

Soledad adivinaba á través del gélido imper-  
sonalismo del cromo la candente espiritualidad

del Serafín de Fiésole; Pepe sintió en un relámpago instintivo hasta dónde el alma intacta de aquella niña era accesible á la calentura gloriosa del arte y á la fiebre divina del misticismo; yo los vi un momento arder en una sola llama y comunicarse mutuamente el soplo prestigioso de la sugestión artística, misterio que rara vez se cumple.

Pepe, por contener su íntimo arrebató ó por bucear en el alma de Soledad, apartóse del table-ro y dijo lacónicamente:

—¿Gana usted mucho en su trabajo de iluminar postales?

—¡Ganar, señor mío, ni aun para comer y las medicinas de mi madre! En los buenos tiempos pagaban á dos pesetas el ciento de postales iluminadas. Ahora..., la mejor casa me da cinco reales por el ciento; las demás, una peseta.—Los ojos de Pepe comentaron con un relámpago iracundo tan cruel explotación del trabajo femenino.—Yo ilumino al día—siguió Soledad—doscien-tas cincuenta; y si hay prisa y velo, hasta cua-trocien-tas postales; pero... ni aun quemando mi vista y mi salud lle-go á ganar cuatro pesetas; lo ordinario ahora son... dos cincuenta, y... ¡ya ve usted!

La reticencia contenía un mundo de dolor y de miseria callada. Pepe insinuó:

—Si el iluminar esos ángeles no fuese labor menos de su gusto...

—¡Menos de mi gusto que esas escandalosas postales, Dios mío!

Soledad enrojeció hasta la raíz del cabello; sus ojos se mojaron. Su madre habló por ella:

—Señores míos... Como ustedes no nos conocen, no pueden adivinar la tortura de conciencia que para nosotras significa la aceptación de ese trabajo. ¡Ay si supieran, si supieran...!

La voz de la señora se anegó en lágrimas. Pepe no la dejó seguir, y estrechando con efusión muda las manos de las dos,

—¡Comprendido, comprendido!—dijo—. Soledad ganará doble sueldo iluminando ángeles y santos que yo le traeré.

Como me constaba lo que tal promesa significaba para Pepe, conmoviome hasta el llanto su altruismo inverosímil.

Salimos. Cuando, ya en el portal, el soplo helado de la calle nos despertó, sacándonos de la leyenda áurea á la realidad cruda, Pepe, temblándole las palabras, me dijo como dialogando con mi conciencia:

—¿Lo ves, hombre? ¿Ves todo lo injustos que somos? ¿Ves cómo si antes de condenar á nuestros hermanos en flaqueza, penetrásemos en lo íntimo de sus vidas y de sus almas, hallaríamos mucho que perdonar, y aun que admirar y amar en ellos?



## ÍDOLO Y PARIA

(Impresión callejera)

La Puerta del Sol hierve en las multitudes frioleras y presurosas de los anocheceres decembrinos; el esplendor de un zafireo día de invierno madrileño se evapora en densa niebla, perlina ante los focos eléctricos, grisácea y lodosa al derretirse sobre el asfalto; las luces de bombas y faroles irradian como pupilas, fosforescentes entre halos neblinosos; las lunas de los escaparates se velan; corren los hombres enfundados en sus gabanes hasta las alas del sombrero, y las señoras arrebozadas en boas ó estolas de pieles; el humo de los autos y el vaho de los jamelgos de *simón* ó de los briosos trotones de landós y berlinas elegantes espesa la niebla entre el caótico amasijo de vehículos, bestias y gentes de las más diversas cataduras que maciza la angosta confluencia de la calle de Alcalá en aquella estrecha

entraña cortesana, por la que no hay buen madrileño que no pase á tales horas.

La *Estruendópolis* del maestro Cavia alcanza en aquel lugar y momento el máximo de su potencia fragorosa: bufan, trepidan, *bocinean* en todos los tonos y con todas las tocatas los automóviles de lujo; campaneán apremiantemente los tranvías; relinchan impacientes los caballos de tiro ó de silla, presos en la enfadosa red de obstáculos; votan en redondo castellano los elegantes aurigas y *footmen*, britanizados por de fuera; y á redoblar el barullo vienen, como vandálicas hordas, desde la calle Mayor y desde la de Alcalá, casi desnudos en sus harapos, descalzos los más, destocados, en pelambre, muchos, corriendo locos, agobiados bajo el enorme fardo de papel húmedo oliendo á tinta fresca, los «golfos de los periódicos», que, amenazando derribar cuanto topan, exponiéndose á caer bajo todos los vehículos, gritan roncos á pulmón de hierro:

—¡La Corres! ¡El Mundo! ¡España Nueva!

En tal momento, ante el hotel de París bufa humarajeando el automóvil rojo de la casa: del hotel sale apresuradamente una alta dama envuelta en pieles y nubada en velos grisáceos; detrás una doncella ó dama de compañía adjunta á la señora, y un criado que sube á sentarse junto al *chauffeur*. La viajera habla rápida, entrecortadamente, sollozando, ahogada por las lágrimas, á uno de los señores, el que se queda, sin duda; el otro permanece mudo y pálido: —¡Ah *cette dépêché!* ¡C'est la foudre..., la foudre sur

*nous!*—Inopinada desgracia de familia hiere á los viajeros como un rayo; pero es tarde: van á perder el tren, ¡que sería quizás perder un adiós supremo! El auto rojo arranca raudamente, cortando la despedida lacrimosa, y un objeto obscuro, peludo, blando, resbala del estribo al suelo: un manguito, sin duda—supongo—, á punto que dos manecillas esqueletadas, sucísimas, alzan en alto al presunto manguito, que chilla estridentemente. Las manos pertenecen á uno de esos diminutos y harapientos «lacayos espontáneos» que surgen junto á todo vehiculo que parte ó se detiene; uno de esos pordioseros *serventi* que encienden los faroles de los coches en marcha, abren las portezuelas aunque no penséis en bajaros, las cierran sin mirar si os cogen los dedos ó las ropas, atisban el colgante bolsillo ó la alhaja mal prendida, llevan y traen recaditos amorosos de La Peña al *Trianón* ó á los carruajes que pasan, y á la puerta de todo *restaurant* ó confitería desgarradamente os repiten que tienen hambre y que no se han desayunado. «¿Será verdad?», os preguntáis; y el *sandwich* ó el dulce os saben á lágrimas si no dejáis unos céntimos en la flácida mano infantil que os implora.

A uno de esos hijos de la calle y del acaso pertenecían las manecillas que asieron furtivas como garras de aguilucho rapaz el chillador manguito, que no era sino ejemplar notabilísimo de una de las razas caninas más elegantes y en boga: un *sky terrier* inestimable; uno de esos animalillos de lujo que duermen el perezoso sue-

ño de su inutilidad en el nido de cisne y pieles de los más aristocráticos manguitos, en blasonados almohadones de encajes y tisúes, ó en el propio regazo de sus altísimas dueñas; uno de esos idolillos lanudos que viven de la adoración de hembras baldías que no acertaron á dar más digno empleo al soberano amor del alma.

El encuentro fortuito del niño paria con el perro ídolo era la más sugestiva ironía muda de cuantas tiene el acaso para quien atento le observa. Por hurtar á vigilancias arriesgadas el hallado tesoro, salvó el golfillo al vuelo la peligrosísima corriente de tranvías, autos y coches, y, curioso é interesado el cronista, aventuróse tras él á vadear el torrente, alcanzando la opuesta margen á tiempo que el chiquillo se agazapaba en el rincón derecho de la siempre cerrada puerta lateral del Ministerio de Hacienda. Recatándose tras de un tenderete de periódicos pudo el cronista avizorar de cerca la escena, digna de pinceles de maestro, de los que saben notar en lacónicos trazos la esencia íntima de los seres y el alma de los momentos fugitivos. Agazapado en el rincón de la enorme puerta cerrada del palacio de la Hacienda, que parecía símbolo tenebroso de los destinos del desheredado, contemplaba éste con encandilados ojos las bien cuidadas y mejor olientes lanas sedosas del perrillo, y lo que á él más le atraía y fascinaba: el collar de fino cuero con hebillas áureas y luciente placa de oro donde, bajo una coronita ducal de brillantes, ardía escrito en rubíes este nombre: *Idole*.



Llevaba el animalejo un gabán, prodigio de sastrería canina, de terciopelo azul oscuro, con regio aforro de armiños; y en un primeroso bolsillín *soutaché* de oro habíale guardado el risible mimo indignante de su dueña un microscópico pañuelo orlado de encaje de Venecia; y pendiente de una cadenilla sujeta con imperdible de rubíes, un esenciero de roca guarnecido de las mismas piedras, y una bolsita de malla de oro donde contaron los dedos ávidos del golfillo varios sonantes *luises*.

Los ojuelos de venturina del *sky* lanzaron relámpagos de ira, y el sordo gruñido con que expresaba su aversión hacia el astroso chicuelo trocóse en aullido furioso, en rabia agresiva contra las sucias manos plebeyas que osaban tocar sus galas perfumadas y sus costosas joyas de can principesco. Una obscura repulsión instintiva, ciega como antipatía de castas, bárbara como el impulso de un cultivado apetito de refinamientos y dominio, encendió una llama de odio selvático en los ojos del perrillo, que aullaba retorciéndose y encrespándose como un tigre entre las manos de su opresor.

En la cara anémica, demacradísima del golfillo, cuyos años por el desmedro parecían siete, y por las despiertas malicias diez ó doce, brillaba un destello que acaso nunca la iluminó: brillaba un destello de codicia satisfecha, de gozo de posesión y de dominio; y por encima de aquella chispa de animalidad opresora lucía un vago resplandor del espíritu, un tenue reflejo de com-

pasión, quizás un tímido deseo de paz y de amistades con el animalillo rebelde, en el que acaso columbraba el golfo un camarada. Ello fué que, no sin duda por altruísmos sentimentales de aquellos que los románticos atribuían á los *gavroches*, el golfillo, tasando, de seguro, *in mente el empeño* que aquellas alhajas tendrían, volviólas cuidadoso al bolsillín de *Idole*, acudiendo por de pronto á calmar sus alarmantes furias; y ello fué también que el perrillo, satisfecho en su altivez *de clase*, ó aplacado en su instinto de propietario por la restitución de sus joyas, depuso la rabia agresiva; y el chicuelo, por acabar de captárselo, sacó de las honduras de sus bolsillos un terrón de azúcar—de los *garbeados* al vuelo en los cafés—y regaló con él á su protegido, el cual, mucho más animal que aristócrata, trituró con deleite el azúcar entre los dienteceillos picudos, y ya porque hallase calor en el regazo del chico, ó porque presintiera cariño en sus ojuelos habladores, metió la cabecilla lanuda por entre la americana y el cuello del muchacho, como buscándose allí un abrigo.

Entonces, como si un hielo se rompiera, ó una fuente represada se soltase en el pecho del vagabundo, sus labios, que quizás no habían probado una caricia, comenzaron á llover besos y ternezas incoherentes, infantiles, maternas de puro dulces y efusivas. Besaba el chiquillo con avidez, con hambre insaciable las suaves lanas, las nerviosas orejuelas, el hociquillo rosado y húmedo del perro, y un torrente de lágrimas, acaso